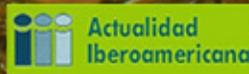
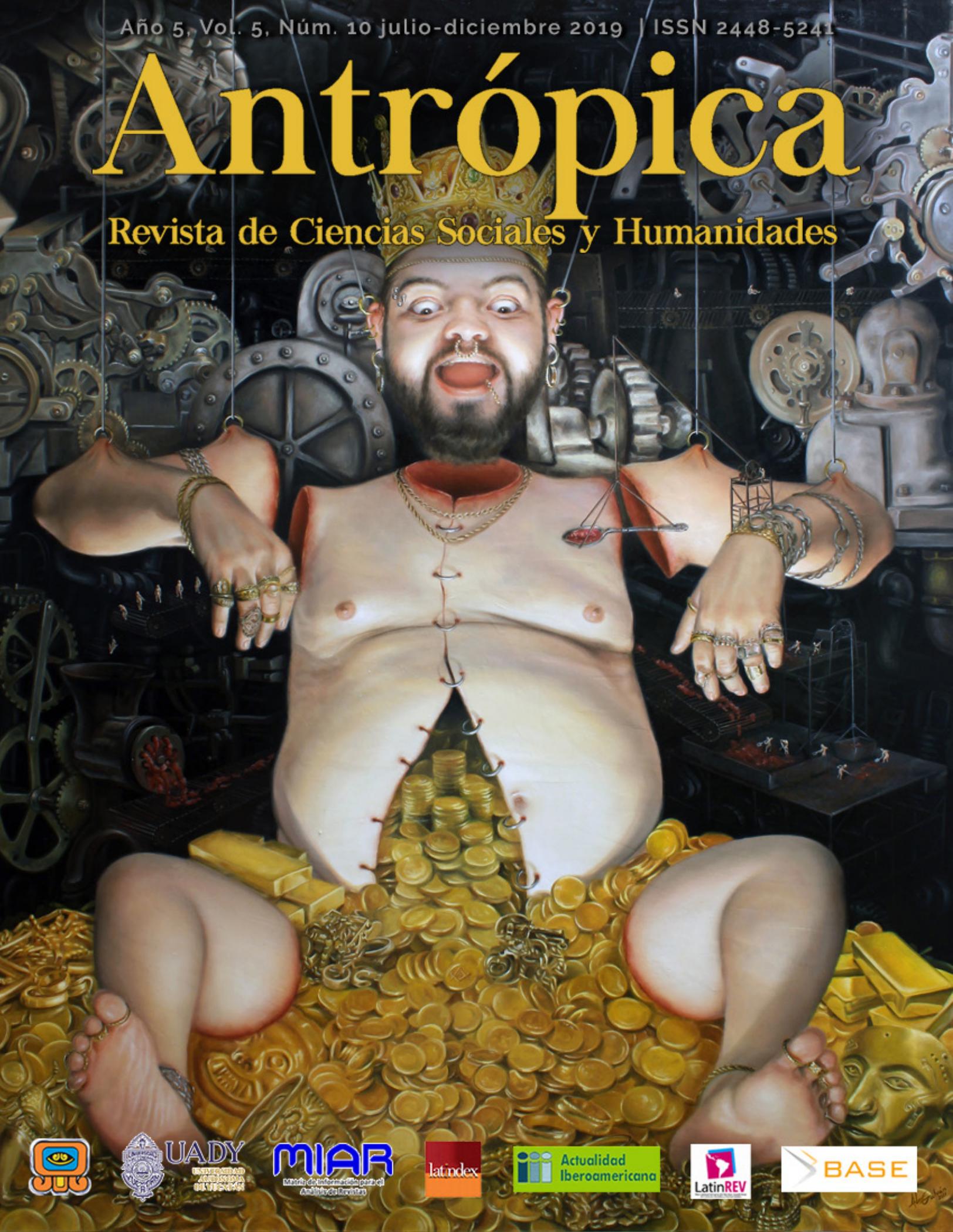


Antrópica

Revista de Ciencias Sociales y Humanidades





El desierto para un historiador colonialista, fronterizo y transdisciplinario

The desert for a colonialist, border and transdisciplinary historian

Mario Alberto Magaña Mancillas

Instituto de Investigaciones Culturales-Museo,
Universidad Autónoma de Baja California (México)

<https://orcid.org/0000-0003-0668-8881>

alberto.magaa@uabc.edu.mx

Recibido: 19 de junio de 2018.

Aprobado: 8 de mayo de 2019.

Resumen

Esta es un texto con base en una ponencia centrado en una reflexión abierta y pública sobre lo que me ha contribuido el Desierto como tema, escenario y hábitat en mi formación como historiador, especialmente con una formación de historiador colonialista en la Nueva Galicia, y después como estudioso de la población originaria y colonizadora del área central de las Californias desde finales del siglo XVIII hasta finales del siglo XIX. Pero también es una reflexión sobre cómo las formaciones académicas nos colonializan como investigadores en Ciencias Sociales, así como los centros de poder de esa misma academia, especialmente en el caso mexicano.

Palabras claves: México, Academia, Desierto, Historia, Antropología.

Abstract

This is a text based on a paper focused on an open and public reflection on what the Desert has contributed to me as a theme, setting and habitat in my training as a historian, especially with a training as a colonial historian about the Nueva Galicia, and later as a scholar of the original and colonizing population of the central area of the Californias from the end of the 18th century until the end of the 19th century. But it is also a reflection on how academic formations colonize us as researchers in Social Sciences, as well as the centers of power of that same academy, especially in the Mexican case.

Keywords: Mexico, Academy, Desert, History, Anthropology

Este texto es la versión corregida y ampliada de mi participación en la Mesa Lineal de Desierto, actividad de la *xxxI Mesa Redonda de la Sociedad Mexicana de Antropología*, que se llevó a cabo del 2 al 6 de octubre de 2017 en la ciudad de Ensenada, Baja California, México. La mesa se realizó el lunes 2 de octubre y representé al área de Historia y Etnohistoria.

Introducción

Cuando los organizadores de la *xxxI Mesa Redonda de la Sociedad Mexicana de Antropología* me invitaron a participar en la denominada Mesa Lineal de “Desierto”, me resultó muy complicado poder idear una participación en una reunión disciplinaria que no es la de ninguna de mis formaciones (historiador y poblacionólogo). Sin embargo, al leer con detenimiento la invitación, se señalaba que era recomendable que cada quien presentara, en esa Mesa Lineal, “una reflexión sobre cómo su línea de especialidad y tema de investigación se ha desarrollado en una circunstancia de Desierto y especialmente en el desierto del norte de México”. Lo anterior me permitió rescatar un grupo de ideas con base en reflexiones sobre mi práctica académica y docente que en ciertos momentos he desarrollado, principalmente en congresos, como una forma de exposición en voz alta sobre mi trayectoria académica en la investigación histórica en y desde uno de los desiertos de Norteamérica.

Marco conceptual

Las reflexiones sobre mi formación y desarrollo como historiador regional y de ahí a la del Desierto, se deben a que en 2010 presenté la ponencia “Del documento colonial al inter-texto postmoderno: Diario abierto en busca de una metodología histórica desde la transdisciplina”, en el *Primer Congreso Internacional de Transdiscipliniedad*, realizado en Mexicali, Baja California, México –luego se publicó una versión modificada (Magaña, 2013)– y en 2015 la ponencia “La enseñanza de métodos cuantitativos en la formación de historiadores en Mexicali”, en el *IV Encuentro Internacional de Enseñanza de la Historia* que se realizó en Morelia, Michoacán, México, y se publicó en las memorias respectivas (Magaña, 2015b). La primera es una reflexión sobre cómo fui construyendo una metodología histórica de aspiración transdisciplinaria, y la segunda es sobre cómo se desarrollaron mis estrategias didácticas de los métodos cuantitativos a los estudiantes de la licenciatura en Historia en Mexicali.

También existen algunas reflexiones sobre cómo los trabajos de uno, en diferentes épocas, le van mostrando nuevas formas de comprensión en otros momentos de desarrollo del investigador en lo histórico, tal es la Introducción y Epílogo de una obra que recolectó diferentes aportaciones de su servidor en el ámbito de la perspectiva histórica sobre la cultura nómada estacional de los



pueblos originarios de Baja California (Magaña, 2015c). Es así que ante la invitación de los organizadores de la *XXXI Mesa Redonda de la Sociedad Mexicana de Antropología*, decidí continuar con este grupo de reflexiones, en las cuales coincido con Miguel Olmos –moderador de la mesa lineal– quien señaló que mi participación había sido un tanto biográfica. Desde ahí parto bajo mi postura reflexiva, y permítaseme citarme: “enseñar es enseñarse, exponer es exponerse y así muestro [y me muestro] mis avances y retrocesos sobre un tema” (Magaña, 2015c: 9).

Método y técnicas de trabajo

Siguiendo la línea de preocupaciones sobre la reflexión de mi actividad académica, tanto con relación a la investigación como a la docencia, en julio de 2018 presenté una ponencia en el simposio “Memoria y (Auto) Biografías: entre lo universal y lo particular”, en el marco de la *56° Congreso Internacional de Americanistas*, titulada “De la anécdota a la biografía: formas de difusión de las entrevistas realizadas por un historiador colonialista”.

En ese ensayo, aún en construcción, señalo que –a pesar de ser un historiador formado en historia social del periodo colonial novohispano– en 1997 fui invitado a colaborar en el Proyecto de Historia oral de Ensenada, Baja California, con la encomienda de entrevistar habitantes de las zonas rurales, principalmente indígenas, vaqueros y rancheros (25 entrevistas grabadas). De ese material reunido, pude colaborar en una antología de fragmentos de las entrevistas, el cual es un muestrario de anécdotas que creíamos atractivas para un público amplio (Gómez y Magaña, 1999). Por mi parte, tiempo después publiqué un libro con el testimonio de las cinco mujeres kumiai y paipai que había entrevistado, editando las transcripciones completas, pero dejando la gran parte de las preguntas (Magaña, 2005).

Poco tiempo después, un informante (comerciante y activista político) me solicitó ayuda para escribir su autobiografía. Por lo tanto, empezamos a trabajar con base en las transcripciones de las entrevistas de 1997, que fueron editadas para que parecieran una autobiografía por la Universidad Autónoma de Baja California bajo el título: *Luchas de eternidades. Testimonios de César Mancillas Hernández* (Magaña, 2019). Además, inicié la biografía de un vaquero, hijo de padre tejano y madre kiliwa, y personaje icónico en la construcción del Observatorio Nacional de la sierra de San Pedro Mártir (Magaña, 2020), que busca retomar el estilo del libro de 2005, con el entregado para su evaluación en 2017. Así, en ese ensayo expongo mi experiencia como un historiador colonial documentalista frente a la “historia viva” o entrevistando, centrado en la construcción de conocimiento y las estrategias de edición y análisis para la difusión de esos testimonios.



En ese simposio se me cuestionó de dónde realizaba esas reflexiones, ya que la mayoría de los participantes realizaron presentaciones acerca de sus estudios sobre biografías, mientras que su servidor realizaba una reflexión sobre cómo se construyen las biografías y su manera de difusión. Dos cosas me quedaron claras y he estado tratando de incluirlas en ese ensayo, pero me parecen pertinentes para este trabajo y apartado. La primera es que mis reflexiones referentes a mi forma de investigar y de construir conocimiento nuevo, tienen que ver con las constantes observaciones de mis alumnos que les expliqué el cómo del análisis crítico del discurso documental o del análisis profundo de los resultados de una técnica cuantitativa o del manejo estadístico de una base de datos con información histórica. La segunda es que no se puede construir conocimiento nuevo si no has reflexionado sobre qué y cómo se está realizando la investigación histórica, y no como ejercicio historiográfico desde la autobiografía pensando en futuros especialistas, sino como reflexión abierta y con fines didácticos para tus estudiantes.

En ese marco, me parece que la ponencia, ahora ya un ensayo, que presento bajo el título de “El Desierto para un historiador colonialista, fronterizo y transdisciplinario”, debe ser leída en esas claves de reflexión y posicionamiento, además que este trabajo también responde a preguntas de estudiantes sobre qué es investigar historia colonial o cualquier investigación científica desde el desierto, pero un desierto tangible, no esos imaginarios desde la Ciudad de México, sino de los que llegan a 45 grados en el verano, y desde un norte que para mí es centro.

Resultados

El norte de México

Durante mucho tiempo me han preguntado de dónde soy o dónde nací. Con los años y desde los espacios geográficos en donde estaba al ser cuestionado, he ido construyendo varias respuestas que he colocado por aquí o por allá en las redes sociales, tanto las virtuales como las presenciales. A tal punto que, en un blog que creé hace tiempo y que aún sigue activo, me presento así:

Historiador por la Universidad de Guadalajara y El Colegio de Michoacán, con un breve momento oscuro en El Colegio de la Frontera Norte. Nacido en Durango, criado y creado entre Ensenada, Ameca y Guadalajara, y ahora radico en Mexicali: es decir un jalisco fronterizo de origen duranguense, pero no bailo pasito duranguense (mucho menos tribal)(Magaña, s/a).

Nunca pensé que este texto sería tomado en serio –aunque reconozco que su redacción fue meditada– hasta que hace algunos años, en una actividad académica formal, me pasaron una ficha con mis datos, por si quería agregar o actualizar la información para mi presentación, y tenían transcrito el texto que les acabo de



compartir, lo que me dio ternura y me gustó, pero lo cambié por algo más políticamente correcto. Hoy, ese texto sigue reflejando una visión propia de mí como historiador, ya sea como investigador o docente.

Lo trascendente es que se puede intuir, en este breve perfil bloguero, que lo más al “sur” que he vivido ha sido la ciudad de Guadalajara, Jalisco, como me lo hiciera notar Chantal Cramaussel este año de 2017, o recientemente una colega veracruzana: “o sea, siempre en Aridoamérica”. Es claro, ahora, que mi territorio identitario está conformado por mis experiencias y las de mi familia en el noroeste mexicano de la segunda mitad del siglo xx, con vínculos hacia Jalisco y hacia la ciudad de Durango. En El Colegio de Michoacán solo estudié en el programa tutorial y nunca viví/residí en la ciudad de Zamora; pero todo esto es una forma de consciencia, la cual tiene poco tiempo que me es legible, tal vez desde 2010, aunque desde 2003 vivo en Mexicali.

Creo que esto se empezó a descomponer cuando después de mi formación en Guadalajara y en Tijuana, ya estando a cargo del Museo de las Californias (2000-2003), asistí a un congreso en Zacatecas donde muchos ponentes hablaban del “norte de México”, pero se referían al norte zacatecano, o al sur del estado de Durango, y entonces pregunté: “si eso es el Norte para ustedes, ¿Qué somos los bajacalifornianos?, ¿Qué somos los que habitamos el noroeste del noroeste mexicano?” La respuesta fue el silencio.

Tal vez en esa época fue cuando empecé a poner en mi firma del correo electrónico la frase: “A principios del siglo xxi, es en la periferia donde se comprenden los significados de nuestra civilización”. Por lo menos ya aparecía a inicios de 2005, lo verifiqué en una de mis cuentas de correo electrónico que aún mantengo activa. Dicha frase ha intrigado a más de uno y me han preguntado a qué me refiero, es simple: considero que la cultura, en general, se propaga en ondas desde un centro emisor, y esas ondas van avanzando según la resistencia del material de la superficie, pero conserva elementos que fueron generados desde ese centro emisor, el cual continuamente emite nuevas ondas. Así, creo que, para entender el logos occidental a inicios de este siglo, no debemos estudiar al centro emisor, sino a las ondas que están más alejadas, las cuales aún tienen algunos elementos de la emisión inicial. Por ello, considero que el estudio de las sociedades en el noroeste novohispano en el periodo colonial tardío puede ayudar a comprender al periodo colonial novohispano.

Así, se puede decir que de ser un historiador colonialista de la Nueva Galicia a inicios de la década de los noventa del siglo xx y, por lo tanto, formado en su capital, he transitado a un nuevo nivel en la espiral cognoscitiva a principios del siglo xxi, con una mayor comprensión de mi propia realidad como académico constructor de conocimiento y discursos desde una región que se denomina el



“norte de México”, siempre en una visión centralista (por desgracia), donde la sociedad finisecular occidental me ha marcado de tal manera que considero que para poder realizar una investigación histórica se deben construir metodologías intermedias, no necesariamente híbridas, sino reuniones temporales de instrumentos diversos para poder comprender un problema de investigación y bajo una perspectiva teórico-conceptual de la Historia social, donde los aglutinadores serán la formación del historiador y las necesidades-condicionantes del problema de estudio, y como garante de la certeza de conocimiento, nada más y nada menos, que el proceso de investigación histórica (Magaña, 2013).

Lo anterior me ha llevado a cuestionarme sobre si existe ese Norte de México e incluso el denominado Septentrión Novohispano, todos en mayúsculas. Más bien creo que hay varios “nortes” que a lo mejor son “sures” desde otras perspectivas; bueno, para mí, después de presentarme en este congreso, deberían ser tomados como “centros” para poder romper esas visiones centralistas colonizadoras. Por ejemplo, siempre estudiar la época colonial en el noroeste, como una “expansión” de “sur” al “norte”, bajo una perspectiva historiográfica también colonizadora, donde para pertenecer debes demostrar vínculos con esos “centros” de la civilización. El noroeste vinculado a Guadalajara, a su vez con la Ciudad de México, y esta con la metrópoli, validadora de todo.

Además, creo que debo establecer que, para comprender las regiones desde una perspectiva mucho más elaborada, se debe reflexionar sobre ¿qué es hacer historia regional? Sergio Ortega Noriega (1993), en su clásica obra *Un ensayo de Historia regional. El noroeste de México* indica que

[...] la elección de una región responde a la necesidad metodológica de conservar la correlación entre el proceso histórico estudiado y el espacio físico donde dicho proceso se llevó a cabo, para evitar generalizaciones que podrían resultar inexactas o francamente abusivas (p. 9).

Quiero resaltar que mi interpretación –siguiendo la recomendación de Ortega Noriega– es que el historiador debe partir de una pregunta de investigación y de un “espacio físico”, pero no se debe hacer énfasis en las fronteras delimitadoras de esa espacialidad, sino en los grupos socioculturales, y desde ahí comprender que no trazar en un mapa la movilidad de esos grupos y sus espacios de seguridad identitarios. Así, en otra parte, Ortega Noriega (1993) escribió que “Aunque el término región es inseparable de un determinado espacio físico, no es éste el objeto directo del estudio del historiador; el objeto de estudio es la sociedad regional, o sea, la sociedad asentada en ese espacio físico” (p. 10).

Bajo este hilo conductor y siguiendo a Luis Ignacio Vivanco Saavedra (2006), en su texto *Sobre la posibilidad de una filosofía de la historia regional* se entiende a la historia regional como la disciplina donde



[...] se estudian los acontecimientos que se dan en las comunidades básicas que componen una totalidad, ya local, ya supralocal, ya específicamente regional. La historia así elaborada se caracteriza por un método ejercitado desde dentro de las estructuras que se analizan, partiendo fenomenológicamente de los hechos que producen el contenido histórico regional. ‘Desde dentro’, porque la estructura de lo regional aporta desde sí misma los elementos que permiten construir su conocimiento (p. 69).

Puntualizaría que la región no está dada en cuanto a la dimensión espacial e histórica, sino es una hipótesis de trabajo por demostrar, por tanto se parte de una aproximación con base en el conocimiento inicial, y se va modificando y adaptando según avanza la investigación histórica hasta poder postular una región histórica o socio-cultural como categoría analítica, que sea funcional a las interacciones socioculturales y políticas de las sociedades que la habitan-pueblan-tatúan (es decir un constructo sociocultural de un grupo históricamente determinado), que a su vez es manejada como una hipótesis de trabajo en otro nivel de análisis y de investigación. En este sentido, el objetivo de la historia regional sería comprender a los grupos socioculturales que habitan-pueblan un espacio que los hacen suyo como territorio identitario, en un momento histórico específico, pero sin olvidar que esos grupos, en un espacio y en un tiempo, no están solos ni aislados, tienen contactos con otros grupos en otros territorios, todos en un momento histórico.

En el momento en el cual se postula que una investigación de historia regional parte de una región histórica dada-fija, de delimitaciones político-administrativas del siglo XX para comprender fenómenos del siglo XVIII, de querer entender fenómenos “nacionales” en las “regiones”, solo estamos reproduciendo postulados centralistas que buscan homogenizar o confundir categorías de análisis con fenómenos históricos. Hacer historia regional desde las sociedades históricas que habitaron y ocuparon de manera sociocultural un espacio, que se lo apropiaron y lo tatuaron en la conformación de sus identidades individuales y culturales, creando e imaginando un territorio identitario con fronteras culturales flexibles, y que así fueron estableciendo esas identificaciones propias que les permitieron ser para sí y frente a los otros, en una dialéctica de intercambios culturales, algunos de los cuales se hacen evidentes por prácticas específicas, es lo que considero que debería ser nuestro objetivo de investigación.

Por lo anterior, considero que el concepto de “Norte de México” debería ser deconstruido para evidenciar las posturas centralistas que implica, porque no es lo mismo decir “México norte”, que el “Norte de México”, ya que en la segunda expresión se da a entender que existe una región al “norte” del punto referencial que es “México”, y por tanto no necesariamente es parte de ese “México”. Mucho se ha analizado sobre las denominaciones de los otros expresadas por colonizadores en su propia cultura e identidad, que en la mayoría de los casos



no son expresiones desde los otros, así ese “Norte de México” me parece excluyente, más que incluyente. Además, la vida en una comunidad, pueblo o ciudad del noroeste no es la misma que en el noreste, o el norte, ni las distancias con referencia al “México” autorreferencial. Se olvida que el noroeste se expande territorialmente mucho más que el noreste, por ejemplo, la distancia por carretera de la Ciudad de México a Tijuana (2,780.8 kilómetros, 32 horas), es mucho más amplia que a Matamoros (1,046.3 kilómetros, menos de 12 horas).

El Desierto

Ahora, ¿Cuándo apareció el desierto en mi visión epistemológica? Creo que cuando realicé mi tesis de maestría entre 1993 y 1994 (Magaña, 1998 y Magaña, 2015a), y al insistir en que quería trabajar un periodo colonial con documentos de la época, la respuesta unánime era que la historia de las sociedades en el actual estado de Baja California, no había tenido una historia colonial y, en los mejores escenarios, había sido poco relevante. Así me encontré con ese viejo concepto del logos occidental del desierto como vacío, como el espacio vacío donde asecha el demonio.

Poco a poco me fui dando cuenta que esa supuesta falta de información, temáticas y sujetos era una construcción discursiva desde la academia, reforzada por el discurso político institucional. Esto se me hizo cada vez más claro entre 1994, cuando terminé la tesis de maestría, y 2004, cuando aspiré al doctorado en El Colegio de Michoacán. Recientemente reconocí que la tesis doctoral es una continuación de las preguntas que no había podido contestar en la tesis de maestría, por cierto, ambas editadas en dos ocasiones. Por ello, la de doctorado inicia con un texto de un jesuita del siglo XVIII:

América es lo suficientemente extensa para poder proporcionar subsistencias a cincuenta veces más habitantes que los que tiene California¹ y en tierras mucho más fértiles. ¿Cómo entonces imaginarse que alguien haya tomado la resolución, sin otro móvil que su propia voluntad, de establecer su tabernáculo en medio de tales rocas áridas y salvajes? (Baegert, 1942: 74)

Además, en 2003 me cambié de ciudad-residencia: de la Tijuana chilanga light, a la Mexicali del desierto sonoreense; de una perspectiva de un norte post-moderno como ombligo, a un norte bronco, norteño y fronterizo de otra manera. Aunque desde que inicié mis estudios de los grupos yumanos en el periodo histórico –así como mis estudios de los rancheros frontereros del siglo XIX– empecé a entender que el desierto era un facto de explicación que se había estado tomando solo como escenario, como trasfondo pintoresco, y no como otro elemento

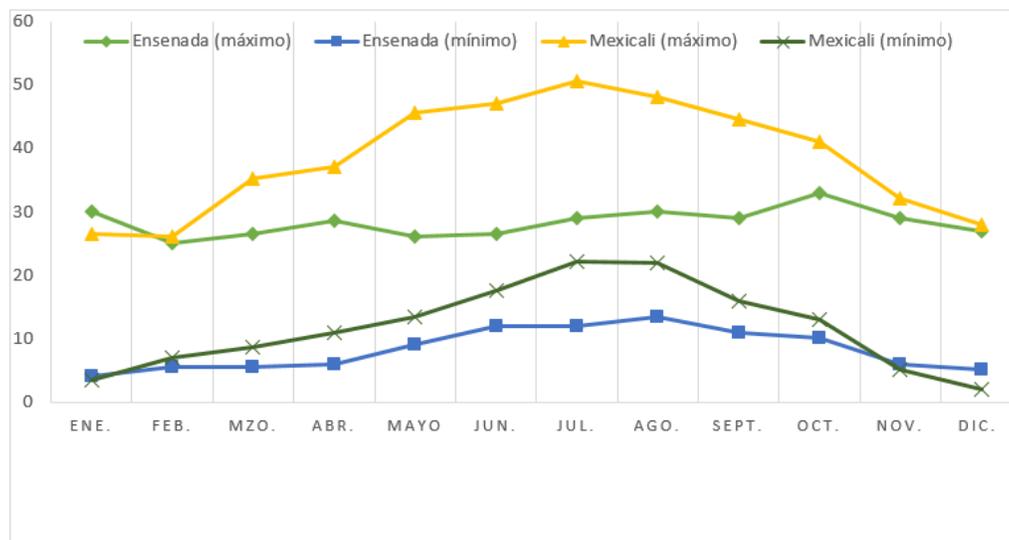
1 Este jesuita se refiere a la California entonces conocida, que, para ilustración del lector actual, comprendería el estado de Baja California Sur, México, más una franja costera hacia el norte por el lado del golfo de California hasta la bahía de San Luis Gonzaga, en el estado de Baja California.



sociocultural que permite la comprensión de los grupos humanos que lo habitaron-sobrevivieron desde la prehistoria hasta la actualidad.

En gran parte del proceso de seguimiento de mis sinodales, en el doctorado, hubo una serie de preguntas sobre las decisiones de colonización durante el periodo colonial tardío y del siglo XIX que les eran incomprensibles, hasta que incluí una gráfica con los mínimos y máximos de la zona costa (donde se realizó el congreso) y de la zona del desierto (es decir Mexicali y San Felipe): muchas cosas se revelaron. Por ejemplo, las mínimas del desierto son un poco más bajas que las máximas en la zona costa del Pacífico. En julio la distancia de los promedios de las máximas entre Ensenada y Mexicali es de 20 grados de mayor calor para la segunda ciudad (véase la gráfica 1).

Gráfica 1. Temperaturas registradas en Ensenada y Mexicali durante 2005.



Fuente: Magaña, 2017: 64.

En 2017, en un taller con estudiantes de historia de la Universidad Autónoma de Coahuila, en Saltillo—parte de ese denominado “Norte de México”—, les comentaba que es muy importante comprender el calor del desierto; al desierto como parte de los factores socioculturales a tomar en cuenta para entender y comprender a las sociedades que lo habitan, y les decía: ¿por qué creen que los del “sur” nos dicen broncos?, pues fácil, en Cuernavaca con temperaturas máximas de 22 grados centígrados, con brisas, árboles, alamedas con álamos, pajaritos, te encuentras a alguien y platicas, preguntas por toda la familia. En el desierto, a 45 grados a la sombra, con una humedad de cuando mucho el 15 por ciento, con brisas que parecen salir de secadoras del pelo o radiadores de carro, parado en la sombra que da un poste, literal. ¿Quién en sus sentidos se pone a platicar como en el “sur”? Cuando mucho, se da un intercambio de “qué onda”, “nada”, “sale”, “sale guey”, punto.



La socialización en el desierto está condicionada por la supervivencia básica, el golpe de calor es una realidad, y una que te puede exterminar. Las metáforas en el desierto no dan sombra, no refrescan, ni hidratan, no ayudan con el pago del recibo de la luz con tarifa “subsidiada”. De ahí la practicidad de las prácticas socioculturales. Hace algunos años, en un examen de tesis de licenciatura sobre Gastronomía, el sustentante, entre sus conclusiones, preguntaba por qué no había una mayor variedad en la gastronomía sonoreense, sobre todo desde una perspectiva histórica, si la colonización novohispana databa desde el siglo XVII o el XVIII. Le comentaba que, hasta la aparición de las cocinas refrigeradas, todo se hacía en cocinas exteriores, donde en pleno verano el calor se multiplicaba debido al calor del hogar de leña, por tanto, las personas echaban carne en el asadero y se retiraban al “fresco”, o ponían todo en una olla con mucha agua y también se retiraban, y solo se supervisaba el cocimiento desde cierta distancia y a ratos. Nadie dedicaba horas junto al fuego para hacer salsas espesas que necesitan estar moviendo continuamente. La idea de la “cultura de la carne asada” no es una metáfora, es una idea de cómo se sobrevive en el desierto, en un tipo de desierto con ganadería de pastoreo extensivo de flora desértica.

Conclusión

Recientemente, uno de los estudiantes del doctorado en Estudios Socioculturales, que ya regresó a la ciudad de México, al sur de la misma, me comentaba por Skype que ahora notaba que todos sus contactos mexicalenses se pasaban muchas horas conectados en Facebook durante el verano. Así como sus amigos canadienses, en el invierno, se conectaba también muchas horas, es decir, el encierro condicionaba las prácticas de trabajo y convivencia. Para mí es cada vez más claro que los condicionantes ambientales inciden en las prácticas socioculturales: ¿Por qué las manifestaciones civiles mexicalenses fueron multitudinarias, como nunca se había visto, en la primavera, y en el verano son de pequeños grupos?, ¿Cuántas personas pueden estar a la sombra de un poste? No es apatía, es supervivencia, en el desierto te la juegas todo.

El desierto no perdona, si se quiere visualizar como una especie de entidad supra-humana, es la que no le importan sus habitantes/residentes/resilientes. Tal vez en Mesoamérica habrá muchos dioses o entidades supra-humanas, en el Desierto está solo el desierto, no es vacío, es la totalidad que te aplasta, te ahoga, te seca y al mismo tiempo te hace sentir vivo. Te hace ver lo realmente trascendentey así puede hacerte mejor investigador. ☯



Referencias bibliográficas

- BAEGERT, JUAN JACOBO (1942). *Noticias de la península americana de California*. Traducción de Pedro R. Hendrichs. Ciudad de México, México: José Porrúa e Hijos.
- GÓMEZ ESTRADA, JOSÉ ALFREDO y MARIO ALBERTOMAGAÑA MANCILLAS (1999). *Ensenada desde la memoria de su gente*. Mexicali, México: Universidad Autónoma de Baja California.
- MAGAÑA MANCILLAS, MARIO ALBERTO (2020). *Un vaquero en el Observatorio. Testimonio de Tomás Farlow Espinoza*. Manuscrito no publicado. S. l: s/e
- MAGAÑA MANCILLAS, MARIO ALBERTO (2019). *Lucha de eternidades. Testimonios de César Mancillas Hernández*. Manuscrito entregado a Selección Anual para el Libro Universitario 2017. Mexicali, México: Universidad Autónoma de Baja California.
- MAGAÑA MANCILLAS, MARIO ALBERTO (2017). *Indios, soldados y rancheros. Poblamiento, memoria e identidades en el área central de las Californias, 1769-1870*. 2ª edición. La Paz, México: Gobierno del Estado de Baja California Sur-Instituto Sudcaliforniano de Cultura-Archivo Histórico “Pablo L. Martínez”-Secretaría de Cultura.
- MAGAÑA MANCILLAS, MARIO ALBERTO (2015a). *Población y Misiones en Baja California. Estudio histórico demográfico de la misión de Santo Domingo de la Frontera: 1775-1850*. 1ª edición electrónica. Tijuana, México: El Colegio de la Frontera Norte.
- MAGAÑA MANCILLAS, MARIO ALBERTO (2015b). “La enseñanza de métodos cuantitativos en la formación de historiadores en Mexicali”. En: Dení Trejo Barajas y Juana Martínez Villa (coordinadores). *La historia enseñada a discusión. Retos epistemológicos y perspectivas didácticas*. (pp. 1709-1723). Morelia, México: Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo-Benemérita Universidad Autónoma de Puebla-Universidad Autónoma de Querétaro.
- MAGAÑA MANCILLAS, MARIO ALBERTO (2015c). *Población y nomadismo en el área central de las Californias*. Selección Anual para el Libro Universitario 2013-2014. Mexicali, México: Universidad Autónoma de Baja California.
- MAGAÑA MANCILLAS, MARIO ALBERTO (2013). “Diario abierto en busca de una metodología histórica”. En Lilian Paola Ovalle Marroquín y Luis Arturo Ongay Flores (coordinadores). *Making of: la práctica de la investigación sociocultural*. (pp. 147-173). Mexicali, México: Universidad Autónoma de Baja California.



MAGAÑA MANCILLAS, MARIO ALBERTO (2010). *Indios, soldados y rancheros. Poblamiento, memoria e identidades en el área central de las Californias, 1769-1870*. La Paz, México: Gobierno del Estado de Baja California Sur-Instituto Sudcaliforniano de Cultura-El Colegio de Michoacán-Conaculta.

MAGAÑA MANCILLAS, MARIO ALBERTO (2005). *Ni muy tristoná, ni muy tristoná... Testimonios de mujeres paipai y kumiai de Baja California*. Mexicali, México: Instituto de Cultura de Baja California.

MAGAÑA MANCILLAS, MARIO ALBERTO (1998). *Población y Misiones en Baja California. Estudio histórico demográfico de la misión de Santo Domingo de la Frontera: 1775-1850*. Tijuana, México: El Colegio de la Frontera Norte.

MAGAÑA MANCILLAS, MARIO ALBERTO (s.a.). *Postfronteras de gentilidad*. Recuperado de: <http://mariomagana.blogspot.mx/>

ORTEGA NORIEGA, SERGIO (1993). *Un ensayo de Historia regional. El noroeste de México, 1530-1880*. Ciudad de México, México: Universidad Nacional Autónoma de México.

VIVANCO SAAVEDRA, LUIS IGNACIO (2006). "Sobre la posibilidad de una filosofía de la historia regional". *Revista de Filosofía*, vol. 54, Núm. 3.

